EL NUEVO PERIODISMO

Otro gran capítulo significativo de la prensa norteamericana está referido a ese ambiguo concepto que, por la fuerza de la repetición, terminó por adquirir carta de ciudadanía en todo el mundo: "Nuevo Periodismo", y que se remite a una obra clásica de 1965 titulada **A sangre fría**, de Truman Capote (1924-1984).

Inclusive hay quien sostiene que los reportajes novelados posteriores no hubieran existido si no se inspiran en Capote, como **Los ejércitos de la noche**, de Norman Mailer, pero hay otras voces que atribuyen a éste la paternidad del "Nuevo Periodismo" a partir de un reportaje sobre John Kennedy publicado en la revista **Esquire** en 1960. Y otros señalan la fecha de 1962, cuando apareció la obra **Joe Louis: The king as a middleage man**, de Gay Talese. Sin embargo, algunos especialistas dicen coincidir en marcar el inicio en 1963, con Tom Wolf y su reportaje titulado extravagantemente *There goes (varoom! varoom!) that kandy-kolored (thphhhhh!) tangerineflake stream-line baby (rahghh! Around the bend (brummmmmmmmm)*, posteriormente publicado como libro con el título simplificado de **The kandy-kolored tangerin flake streamline baby**.

No obstante, la fecha más difundida como la iniciadora del "Nuevo Periodismo" es la de 1965 –insistimos-, porque a Truman Capote se le colmó de elogios por parte de muchos imitadores de sus innovaciones estilísticas que se acercaron al periodismo, sin ser escritores profesionales, tratando de articular sus experiencias y de dar una voz a aquellos que comparten su visión del mundo y su forma de vida.

Hacia 1969, como apunta Wolfe, prácticamente no existía nadie en el mundo literario que se permitiese desechar llanamente al "Nuevo Periodismo" como un género literario inferior.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

LA NOVELA DE NON-FICTION

Truman Capote, cuyo nombre verdadero era Truman Streckfus Persons, es un hito en la narrativa al combinar periodismo y literatura para construir historias con un estilo hasta entonces no identificado, pues era casi imperceptible el tránsito de la ficción a la no ficción en aquellos trabajos que tienen como referencia la novela **Desayuno en Tiffany's** además de una serie de artículos y reportajes publicados en **The New Yorker** y que después aparecieron en forma de libros, como el titulado **Se oyen las musas**, sobre el primer intercambio cultural entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

Sin embargo, el paso definitivo en la creación de una novela real lo dio Capote en **A sangre fría**, en 1966, y al final, hacia 1980, en **Música para camaleones**, que él mismo explicó así: "Ahí utilicé en un solo relato todas las diversas técnicas que conocía, como los retratos de las personas. Empleé todos mis conocimientos sobre la prosa, la confección de guiones, todas las distintas formas en que he trabajado, aplicando todas las técnicas simultáneamente".

El reportero de Polonia, Ryszard Kapuscinski también ha recurrido a la narración desde la perspectiva del método en su libro **El sha o la desmesura del poder**, para dejar un testimonio pleno de la caída de Reza Pahlevi del trono iraní durante 1978, a partir de la exhibición de la exhibición de fotografías, documentos y grabaciones.

Pero todo empezó con **A sangre fría** (1966), el relato de un crimen ocurrido en noviembre de 1959, relato en forma de novela real que el lector aceptó como verdad por el rigor de la documentación aunque con el sabor de la técnica literaria, cuya misión es la estética. Desde que el reportaje empezó a publicarse en 1965 en forma seriada en **The New Yorker**, fue iniciador contemporáneo del género de no-ficción, cuyos antecedentes habrá que ubicarlos en el periodismo inglés de Daniel Defoe, con **El Diario de la Peste** en el siglo XVIII, y en los textos de la década de 1950 de John Hersey (**Hiroshima**) y de Lillian Ross (**Retrato de Hemingway**).

Estas obras le dieron verdaderamente un impulso al que Tom Wolfe habrá

de llamar "El Nuevo Periodismo". Pero reiteramos que ha pasado a la historia como valor de símbolo **A sangre fría**, pues a partir de entonces los periodistas comenzaron a aplicar en su trabajo las técnicas y procedimientos de la ficción y el nombre de Truman Capote cobró importancia en la estructura narrativa que corre paralela entre la imaginación y la realidad.

El propio Tom Wolfe, cuyo ensayo de 1973 sobre la "novela documental" cautivó al público, ha reconocido los méritos de Truman Capote, pero últimamente es él quien más ha contribuido a la difusión del "Nuevo Periodismo", especialmente cuando en 1987 sorprendió con **La Hoguera de las Vanidades**, a fin de poner en práctica su punto de vista en torno a la investigación para un trabajo de intenso realismo social.

En 1996 escribió **Ambush at Fort Bragg** (**Emboscada en Fort Bragg**), un texto de ficción que revela lo que muchos intuyen pero pocos se molestan en denunciar: las noticias y los reportajes al uso, no cuentan la verdad sino una verdad, aquella que más convenga a los intereses de quienes manipulan los medios. Y en l998 volvió a la indagación que se zambulle de lleno en la realidad social de los Estados Unidos del presente al ofrecer **Todo un hombre**.

Este escritor tan singular ha escrito la anécdota de lo que él hizo el año 1965, cuando se publicaba en forma seriada, en cuatro entregas, **A sangre fría**, justamente en el aniversario 40 de **The New Yorker**, entonces una de las principales revistas semanales de Estados Unidos, fundada en 1925 por Harold Ross y comandada desde 1951 por William Shawn, quien había empezado ahí su carrera en 1933.

Tom Wolfe, siendo solamente un reportero del **Herald Tribune**, tuvo la ocurrencia de imitar una parodia que **The New Yorker** había hecho muchos años antes de la revista **Time** en la que se ofrecía un perfil del fundador y director, Henry Luce, escrito por Wolcott Gibbs, y que enfureció a aquél.

El impacto que logró Wolfe fue descomunal, pues nadie tenía el atrevimiento por aquellos años de faltarle al respeto a **The New Yorker**, cuyos ingresos por publicidad eran de 20.087.957, y eso que se hallaba en condiciones

de rechazar cualquier anuncio, como los "procaces" que mostraban ropa interior femenina. Sus acciones oscilaban entre 132 y 139 dólares, siendo que una década antes valían entre 20 y 29 dólares.

Documentado por el mismo Wolfe en su libro **El Periodismo canalla y otros artículos** [106], el dato es sorprendente: **The New Yorker**, concentrado siempre en las opulentas zonas residenciales de los Estados Unidos de la postguerra, publicó en 1963 una media de 115 páginas de publicidad por número, cuando treinta años antes la revista entera, con artículos y anuncios, tenía entre 96 y 112 páginas.

El número del 13 de marzo de 1964 tenía 204 páginas, y entre los majestuosos bosques tropicales de anuncios se advierten estrechas columnas grises de texto, también llamado material periodístico. La pauta establecida era que sólo en la primera cuarta parte de la revista se colocara material periodístico, ilustraciones y tiras cómicas. A partir de ahí, y prácticamente hasta el final, se ve un anuncio de página entera seguido por dos columnas de anuncios y una de texto en la página siguiente.

Ésta es una muestra del éxito de la mayoría de los medios impresos en Estados Unidos, que **The New Yorker** ejemplifica mejor que cualquiera, en la época en que nació "El Nuevo Periodismo".

[106] Ediciones B, S. A., Barcelona, 2001, pp. 286 y 287

CAPILLA ALFONSINA

PERIODISMO DE INVESTIGACION

El periodismo de investigación en Estados Unidos tiene viejos antecedentes con las iniciativas de los Gordon Bennet, en 1835 y especialmente en 1871 cuando Henry Morton Stanley (1841-1904), enviado años antes a buscar al famoso misionero David Livington (1813-1873), se encontró con él en África. También fueron simientes de este periodismo de rastreo los trabajos de los primeros reporteros del **New York Times** en la década de 1850, así como las aportaciones hechas por el genio del reportaje, Joseph Pulitzer, a partir de 1868 en el **Post-Dispatch** de San Louis Missouri y en el **World** de Nueva York, en la época en que Ida Tarbell denunció las manipulaciones de John D. Rockefeller en la creación de la petrlera Standard Oil, y Upton Sinclair hizo públicas las malas condiciones de higiene de los obreros que trabajaban en los frigoríferos de Chicago en **The Jungle**.

Pero después de retomar algunos medios, aisladamente, el camino en la difusión de noticias más trabajadas a fondo durante la guerra de Vietnam, el periodismo de Estados Unidos prácticamente patentó el rubro de la investigación a raíz del caso emblemático del *Watergate* que costó el cargo de presidente de los Estados Unidos a Richard M. Nixon el 9 de agosto de 1974, y que sacaron a la luz durante dos años los reporteros del **Washington Post**, Bob Woodward y Carl Bernstein, premiados con el Pulitzer, gracias a la valiosa colaboración de una fuente informativa conocida como "Garganta Profunda" y a la supervisión de Benjamin Bradlee, redactor en jefe del periódico en ese tiempo.

El reportaje descubrió las manipulaciones de la CIA al servicio del titular de la Casa Blanca, desentrañando uno de los más grandes escándalos de la vida

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

política estadounidense en el siglo XX, pues se dieron a conocer las grabaciones que Nixon intentó ocultar, y se logró el testimonio de personas claves en este asunto tan escandaloso, como Richard Helmes, director de la CIA, o John Dean, consejero de la Casa Blanca.

El inicio de este trabajo a dos manos se ubica en 1972 cuando se dio el allanamiento, la noche del 17 de junio, de las oficinas del Partido Demócrata en el complejo hotelero Watergate, con el objeto de sabotear los planes rivales en la campaña electoral a la presidencia. La policía detuvo a cinco ladrones, equipados con material para realizar escuchas electrónicas por encargo de responsables de la campaña para la reelección de Nixon, y ahí empezó el hilo conductor del problema.

La prensa norteamericana, y concretamente **The Washington Post**, se dedicaron desde tiempo atrás a investigar los movimientos delictivos de Nixon, y al fin pudo revelar a sus lectores los oscuros secretos del presidente, que no previó los alcances del periodismo de investigación que llevaría al Senado y la Justicia a reforzar la indagatoria hasta llevarlo a renunciar a él y a la cárcel a aproximadamente 70 personas involucradas, una de ellas, Gordon Liddy, ex agente del FBI, a quien se acusó de planear el ingreso a las oficinas.

Aunque muy tarde se afirmó que Nixon personalmente dio la orden de la entrada ilegal en el edificio hotelero y de oficinas Watergate, las infames grabaciones de la Casa Blanca demostraron que obstruyó la justicia al intentar encubrir los actos sucios, y no obstante, muchos años después, poco antes de morir, él justificó todo lo que se hizo. "El problema es que no controlamos la acción lo suficiente", le dijo a David Frost en una entrevista, tras su dimisión, misma que se incluyó en un documental de la BBC de Londres en 1994.

En su discurso del 8 de agosto de 1974, televisado en vivo a todo el país y a casi todas las naciones de Europa, Nixon no pidió perdón. Simplemente lloró y se fue. Condenado posteriormente en octubre "por conspiración criminal y encubrimiento", fue indultado por su sucesor, Gerald Ford, y al morir en 1995 recomendó seguir la batalla legal para obtener un pago de indemnización por los 44 millones de documentos, 3 mil 700 horas de cintas grabadas en secreto y miles

de fotografías que le incautó el gobierno estadounidense tras su renuncia por el caso *Watergate*, que fue perpetuado en la película "Todos los hombres del presidente", cuya exhibición ayudó a perpetuar esta historia bien documentada que algunos relatores han confundido con una leyenda.

La exposición de la coartada de los dos reporteros ahora muy famosos por *Watergate*, transformó el periodismo estadounidense al dar nacimiento a una generación de imitadores, investigando vidas –tanto privadas como públicas- de figuras políticas. Y aunque hay críticos que subrayan el Síndrome Watergate como una exageración en la postura agresiva de los informadores profesionales por su arrogancia y tono inquisidor contra los gobiernos constituidos, lo cierto es que el trabajo de Bernstein y Woodward cambió el paradigma de la prensa en los Estados Unidos y consagró el periodismo investigativo y el rol de los medios como "perro guardián" (watchdog) o gendarme de la democracia.

El periodismo de investigación y de denuncia a lo *Watergate* se extendió de inmediato por todo el mundo y ahora es parte sustancial de la evolución democrática en América Latina donde ya ha provocado muchos escándalos, algunos también bautizados con el sufijo *gate*, y donde presidentes corruptos o golpistas han tenido que dejar sus cargos, en gran medida por estos reportajes.

Daniel Santoro es el periodista contemporáneo más conocido en América Latina por sus contribuciones al tema y por haber obtenido el premio "María Moors Cabot" en el 2004, de modo que ha combinado la cátedra en la Universidad de Belgrano, en Argentina, y en la Universidad Nacional de La Plata, con su labor de reportero en **Clarín**, para ganarse un nombre y ser incluido como parte del equipo formador de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano que preside el escritor Gabriel García Márquez, quien acostumbra aconsejar a los reporteros: "Salgan de las redacciones y vayan a las calles a atrapar las historias de los Fujimori, los Menem, los Collor de Mello", pues la investigación es la esencia del periodismo y una verdadera especialidad.

Daniel Santoro, por lo mismo, publicó en 2004 **Técnicas de Investigación** dentro del rubro de ***Manuales*** que patrocina la FNPI.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA